

## Ricardo, compañero de viaje y amigo

Carlos Iglesias Fueyo

Recibido 19/03/2021

Ya han transcurrido más de cuarenta años que Ricardo y yo coincidimos en el instituto femenino de Oviedo, y desde entonces se forjó una íntima amistad que perdura hasta hoy día sin interrupción alguna. Allí coincidimos con Alberto Hidalgo y de ahí surgió el proyecto de escribir una *Historia de la Filosofía* para la editorial Anaya cuando ya nos habíamos separado, Ricardo trasladado a Madrid, Alberto a su cátedra de Avilés y yo a la mía en Gijón.

Yo me instalé en Gijón y mi casa se convirtió aquel verano en el centro de operaciones donde escribimos aquel primer libro. Recuerdo las prisas con las que nos distribuíamos la tarea por temas. Alberto se ocupó de la filosofía griega y de toda la línea empirista hasta las últimas tendencias; Ricardo se ocupó de la transición a la edad media y de san Agustín y luego toda la filosofía contemporánea, en especial el existencialismo y la fenomenología, mientras a mí me tocó el Renacimiento y la Modernidad, incluidos Descartes y Kant. Como postre, al haber descuartizado la edad media en tres trozos a mí me tocó santo Tomás. Desde entonces todos los veranos venía Ricardo a disfrutar unos días de vacaciones a mi casa de Gijón.

Un espléndido taller de cerámica que tenía Macamen en Gijón fue el inicio de la afición perdurable de Ricardo por la escultura que conserva hasta hoy día (buena prueba de ello es el taller que tiene en su propia casa de Guadarrama). Después del baño íbamos al taller y pronto despuntó Ricardo en esa su nueva faceta a la que dedicábamos un tiempo nada despreciable.

Hace poco estuvo Ricardo en Gijón y recordamos, con un dejo de cierta nostalgia, comentando aquellos tiempos. A partir de entonces la amistad se enhebró: se alimentó con viajes cada verano, sobre todo a Italia, en los que visitábamos todos y cada uno de los edificios de Roma. Como compañero de viaje recuerdo las caminatas agotadoras que presidían nuestros días. Tarea esta, en ocasiones, un tanto cansina fisi-

camente hablando. Yo recuerdo un día mi agotamiento al subir apresuradamente las escaleras de Borromini, pues nos faltaban todavía varios lugares por visitar. Ricardo, impasible, las subía casi corriendo.

No creo que nos quedaran muchas obras de arte sin visitar. Yo diría que ninguna. Íbamos a comer y sólo recuerdo un día que decidimos gastar un poco más en comer y nos metimos en un restaurante un tanto lujoso. Tuvimos suerte porque estaban comiendo dos novios, y no sé cómo en un momento de la conversación yo recité la poesía:

«Tanto gentile e tanto onesta pare  
la donna mia, quand'ella altrui saluta,  
ch'ogne lingua devèn, tremando, muta,  
e li occhi no l'ardiscon di guardare...

Tanto les gustó a los novios aquella inesperada felicitación, que nos invitaron a comer. En ocasiones la poesía sirve para cosas como ésta.

Estábamos disfrutando aquel año de una casa muy atractiva, muy cerca de Roma que habían dejado a Montse (la compañera de Ricardo) y a cambio teníamos que hacernos cargo de cuidar un gato que tenían (que por cierto una noche nos escapó y yo tuve que andar miagando hasta que volvió). Esta cercanía a Roma era como un sueño que nos permitió conocer Roma sin esfuerzo alguno, salvo las caminatas. Guardo entrañables recuerdos de aquellos viajes en los que Ricardo absorbía, como si fuese una esponja, miles de detalles de los tesoros artísticos italianos, contextualizándolo todo en la historia fenomenológica de cada época y lugar.

En este contexto quizá no esté de más recordar la profundidad de las experiencias estéticas de Ricardo, cuando mucho más tarde, en 2010, cuando ya está de regreso a la fenomenología de Husserl, tras las huellas de Marc Richir, rememora su último verano por las tierras del Veneto y Emilia Romagna “en busca, entre otras cosas, de descifrar lo que pudiéramos llamar el enigma de Palladio y el enigma de Tintoretto” (“Filosofía en Verano”, *Eikasía. Revista de Filosofía*, nº 34, 2010). En este texto cuenta Ricardo una experiencia artística, que es al mismo tiempo un descubrimiento fenomenológico: “No hay mejor manera de ejercer la experiencia artística que pasearse por las calles de Vicenza rastreando los palacios de Palladio, distinguiéndolos de las obras de los

epígonos, de los arreglos de Scamozzi, de los pastiches, analizando las circunstancias de su construcción y las exigencias del lugar, de su emplazamiento. Ocurre que en un momento dado lo percibido no es una casa, no es un palacio, no es una construcción objetiva percibida por los mecanismos intencionales mediante los que reconocemos los objetos. Y sin embargo percibimos algo. Es lo que Husserl llamaba fantasía perceptiva, percepción por fantasía. En un momento determinado dejamos de percibir al actor, y percibimos, no imaginamos, a Hamlet. Se han disociado identidad y objetividad. Realizamos identificaciones no objetivas. Percibimos una obra de arte, y al aumentar nuestra competencia artística se incrementa nuestra facilidad para percibir esos extraños protoobjetos, más que hiperobjetos. Claramente es una experiencia que tiene lugar en un nivel diferente del nivel en el que nos las habemos con los objetos”

No podría hacer el recuento de las experiencias que tuvo Ricardo en otros veranos, anteriores y posteriores que se sucedieron, pero sí puedo dejar constancia de que siempre Ricardo volvía a Gijón a pasarlo bien y a ir al taller de Macamen a ejercitar lo que ya era su afición favorita y permanente: la cerámica. No es casualidad que al lado de su amplio taller de escultura, reserva un espacio para el torno en el que de vez en cuando se mancha las manos haciendo cerámica en casa.

Alberto, con su habitual contundencia, ya ha puesto de relieve las características del pensamiento de Ricardo y su evolución a partir del magisterio de Gustavo Bueno. No hace falta decir mucho más.

Yo podría contar más anécdotas, pero sé que a Ricardo le sobran con éstas; y también sabe que cada vez que venga a Gijón va a saborear, con cierto aire de nostalgia, su ambiente.

